

# QUE EL YO NO SOY YO

Agustín García Calvo

...Y esto me sirve como ejemplo de la principal dificultad con que nos vamos a encontrar para intentar hacer algo esta mañana. Hacer. Hacer. Hablar entendido como hacer, cosa sobre la cual volveremos al final.

La principal dificultad para nosotros es que esto es demasiado claro. Comprobadlo con el título: "Que el yo no soy yo". ¿Lo habéis entendido? ¿Habéis entendido lo que dice? Evidentemente, desde el punto de vista gramatical es inevitable, porque está dicho en lenguaje corriente: no hay más que un terminacho de jerga, que es precisamente el término 'el yo', pero, por lo demás, en cuanto a la sintaxis y todo lo demás, está en lenguaje corriente, así que el sentido gramatical - digamos- tiene que haber sido para vosotros evidente desde el principio y, en ese sentido, habéis entendido qué es lo que dice la frase "que el yo no soy yo".

¿Habéis entendido más? ¿Habéis entendido qué es lo que implica esa formulación, a qué sitio nos puede llevar, contra qué cosas nos tiene inevitablemente que lanzar? Eso es más dudoso, y ésa es la dificultad metódica que os quería poner por delante. Esto, como todo lo que voy a dejarme decir por esta boca, tiene la dificultad de que es demasiado claro. Y ésta es una dificultad evidente, sobre todo estando en academia, donde el curso normal es, para fingir que se entiende, recurrir a las jergas, reducirlo todo a jergas más o menos científicas, garantizando de esa manera que nada se entienda de verdad. Por mi parte, empleo en todo lo posible el lenguaje corriente, y si empleo algún término de la jerga como es el mismo de 'el yo', será solamente como objeto de ataque.

Porque -aquí está la dificultad- también la Psicología es una ciencia. ¿O no? Supongo que sí. La Psicología es una ciencia, y ser una

ciencia, aunque no pretenda ser una ciencia tan ciencia como la Física, como la reina de las ciencias o ciencia por excelencia, pero, en la medida en que ha de ser una ciencia y que imite más o menos a la Física en cuanto al empleo, sobre todo, de los cuantificadores, de números, de cálculos, tanto en el registro de experimentos como en la estadística, en la medida en que es una ciencia, trata acerca de realidades, acerca de una realidad.

Las Ciencias tratan acerca de la Realidad. Ésta es otra cosa demasiado clara.

Que la Ciencia trate acerca de la Realidad implica que la ciencia está fuera de la realidad, puesto que trata acerca de ella. De forma que la Psicología, al tratar de realidad, se escindiría ella misma de ser una realidad. Salvo que, claro, como sucede a cada paso, en lugar de hablar de la realidad de que habla la Psicología, digamos con un término arcaico, el alma, en lugar de hablar de una realidad, ésta, el alma, o la personalidad, o la persona, o hasta el yo, en lugar de hablar de eso, hable de psicología. Por ejemplo, hemos entrado en una Epistemología de la Psicología, como a cada paso las ciencias pasan a ser una epistemología de sí mismas. Entonces sí, entonces ya la Psicología es el objeto de que se trata: no se habla del alma, se habla de la Psicología, y en ese momento, por supuesto, la Psicología ha entrado a formar parte de la realidad, y en la medida en que se habla de ella, ya no es ella la que habla; ya hay otra manera de hablar que queda fuera de esa realidad.

¿Veis lo que os prometía o amenazaba? Es demasiado claro. Es demasiado claro, y tanto temo a esta excesiva claridad que os pediría incluso que, sin aguardar a coloquios finales para los cuales no vamos a tener seguramente tiempo ninguno, me interrumpáis exigiéndome que os ponga las cosas un poco más oscuras, para ver si las entendéis mejor. Porque ése es el procedimiento habitual.

Si la Psicología es una ciencia, como debe serlo, trata acerca de la Realidad, digamos ésta, el alma, o la personalidad o la conducta personal o, como acabo de oírle decir al profesor Monedero, el propósito, los propósitos humanos, una definición que trataré de usar tam-

bién más adelante. Trata acerca de esas realidades, llamémoslas como las llamemos: para eso es una ciencia.

Pues imaginad que abris un tratado cualquiera de Psicología y que os encontráis con una frase como ésta: "Síndrome de ansiedad de desprotección es esto que me está pasando ahora mismo según lo estoy escribiendo". Os encontráis esta frase y decís "Esto no puede ser; evidentemente esto no puede estarlo diciendo el autor del tratado". Inmediatamente miráis a ver si está en letra pequeña y si es que está citando la carta o el testimonio de algún enfermo que sirve como caso de eso, pero que el autor para explicar el citado síndrome se espere de esa manera y diga "Síndrome de ansiedad de desprotección es esto que me está pasando a mí ahora mismo según lo estoy escribiendo", no pasa.

En ningún tratado de ciencia, de ninguna, ni de Psicología, podéis encontrar formulaciones como éstas. Formulaciones como éstas que, si recordáis bien la fórmula que me acabo de inventar, implican "es esto". Vamos, la frase empieza muy bien, empieza con un terminicho, empieza con una cosa perfectamente manejable "síndrome..." (también me lo acabo de inventar ahora, no sé si corresponde a algo) "síndrome de ansiedad de desprotección". Vamos, estamos en plena jerga, es decir, estamos tratando de la realidad. Pero luego sigue "es esto". "Esto" no puede aparecer en ningún tratado de ciencia. "Es esto que me está pasando". "Me" mucho menos todavía. ¿Cómo "me" va a entrar como término de un tratado de ciencia? "Está pasando ahora mismo", con el presente y con el "ahora mismo" ratificándolo. No, hombre. "Ahora mismo" en un tratado de ciencia no se puede decir. "Según lo estoy escribiendo", para acabar de rematar la faena, eso es una cosa que no cabe, este presente, "según lo estoy escribiendo", que aludiría al hecho mismo de estar formulando el tratado el propio autor. Esas cosas están escludidas de cualquier formulación científica. Cosas como 'esto', 'aquí', 'ahora', 'me', 'yo'... Esos términos, que pertenecen a la lengua corriente y que los empleamos con más frecuencia que ningunos otros, a cada paso y para cualquier función del lenguaje, todos esos términos están escludidos de la ciencia. Una ciencia no puede tratar de

'aquí'; no puede tratar de 'esto'; no puede tratar de 'mí'; no puede tratar de 'ahora'. Todo eso está fuera.

Si una ciencia, o una filosofía, que yo no distingo para nada (la verdadera filosofía que hoy padecemos es la Ciencia, y lo demás que se llama filosofía no son más que complementos, restos, accesorios), si una ciencia o una filosofía se empeña en tratar de cosas de éstas, pues ¿qué hace? Trata, no de 'aquí', porque eso es imposible, pero trata de 'el aquí'. ¡Ah! Eso ya es un término filosófico: 'el aquí'. Eso ya puede ser un término científico. Trata de 'el ahora'. De 'ahora' es imposible que trate. Para eso está la lengua corriente, pero el lenguaje de la ciencia no puede tratar de 'ahora'. Tratará de 'el ahora'. Pero 'el aquí' y 'el ahora', notadlo, se han convertido en realidades; por eso se puede tratar de ellas: 'el aquí', 'el ahora'. Por tanto, pueden ser objeto de una ciencia o una filosofía, pero ya no son lo que eran. Ya no hacen lo que hacían 'aquí', 'ahora', ya no están diciendo precisamente eso.

Hace poco tuve que habérmelas en pleno reino de la reina de las ciencias, de la Física, con el libro de un físico, medio académico medio marginal, Barbour, que se titula "The End of Time", donde proponía una Física sin tiempo. Y, efectivamente, esta física, cuyo desarrollo no es el caso traeros aquí, acababa por reducir todo a configuraciones y variedades que sustituyeran al cambio temporal, de forma que el tiempo quedaba eliminado, y los entes últimos que quedaban eran los que llama "cápsulas de tiempo": los ahora. Esto de "los ahora" ya lo decía Aristóteles mismo: *tò nÿn, tà nÿn*, los ahora. Pero evidentemente los ahora no son ahora. Los ahora no son ahora: los ahora están ya fijos en la realidad y el intento de Barbour de hacer una Física sin tiempo es un intento que no tiene sentido. Es sugerente y honrado, hasta cierto punto, el intento; después de los progresos de la mecánica cuántica es, incluso, hasta lógico. Pero es, por supuesto, un imposible. La realidad está bruscamente fundada en la conversión de 'ahora' en 'un ahora'; 'el ahora', 'los ahora'. Está fundada justamente en esta reducción del tiempo que de verdad está pasando, que es inasible, incapaz de ser objeto de ninguna ciencia, en 'un ahora', 'el ahora', que ya son formas de la realidad y que, por tanto, pueden ser objeto de ciencias de la realidad, de filosofías.

Supongo que aparece bastante claro el cambiazo (si no, ahora en seguida me lo diréis) y, naturalmente, esto que os he mostrado con 'aquí' o 'ahora' podéis aplicarlo a todos esos términos que tienen esta condición de que no significan en sentido estricto, sino que hacen algo más: apuntan; apuntan en relación con el acto mismo de hablar.

Sí, en un tratado relativamente científico puede aparecer 'ahí', pero eso si 'ahí' es un anafórico que remite a un esquemita que el autor ha puesto. Es a lo más que se puede llegar. En una geometría ilustrada, por ejemplo, uno puede decir 'esto', pero si 'esto' quiere decir 'el teorema que acabo de formular antes': un anafórico que no nos saca para nada del texto. Pero de esto de verdad, esto que está aquí ahora mismo, de eso no hay ciencia que trate. Por lo tanto, de mí o de tí, mucho menos.

'Mí' o 'tí' no somos nadie real. 'Yo' es cualquiera. Es cualquiera con la sola condición de que esté hablando. 'Yo' es cualquiera que está hablando. Y 'tú' es cualquiera al que se está hablando. Y eso, señores, eso no puede ser objeto de ninguna ciencia. De eso no se puede hablar. Si se habla de ello, ya ni es el que habla ni es al que se habla: es de lo que se habla. Y eso es lo que se hace. Eso es lo que, inevitablemente, tiene que hacer cualquier Psicología, que empieza, de unas maneras más torpes, desarrollando nombres con significado, sustantivos, por ejemplo, *psyché*, entre los antiguos, *anima* o *animus* en la teoría de Epicuro y Lucrecio, y, siguiendo las dos, 'alma'. Teniendo en cuenta que el invento empieza (de una manera que me parece sumamente lógica) por aplicarse a las almas de los muertos. No hay ningún alma que se haya inventado antes de inventarse las almas de difuntos: ésas son las primeras formas de alma. El trasladar eso a los vivos es secundario, es un proceso que remata la obra, pero las almas primeras son las de los difuntos. El sitio donde en la prehistoria ya se desarrolla un culto y lamentación del difunto que implica la invención del nombre propio (en la prehistoria, en lo desconocido, es decir, antes de hace diez mil años) y es ahí, con el invento y la lamentación del nombre propio del difunto, donde aparece el invento del alma por primera vez, que después se desarrolla tan esplendorosamente, no ya con los

trucos epicúreos de *animus* y *anima*, sino con todo el desarrollo moderno en el que no voy a entrar.

Como os advertí antes, el término en sí, este objeto de la psicología dicho como 'alma', es una cosa anticuada, suena muy mal (para algo las ciencias progresan), pero, a cambio de ello, se han desarrollado otros, como es 'la persona', 'la personalidad' y todos los demás nombres de los mecanismos anímicos a los que estáis de sobra acostumbrados. Y, en último término, con ayuda, a iniciativa de filósofos y, después, del propio psicoanálisis, se inventó el yo, que es la manera más hábil y directa de dar el cambiazo: en lugar de 'mí' está 'el yo'.

No sólo está 'el yo', sino que, si me descuido, está 'mi yo', y 'tu yo', es decir, meros disimulos para evitar decir 'alma', para evitar decir 'mi alma' y 'tu alma'; es decir, disimulos porque, en definitiva, con sólo el truco ese de sustantivarlo y poner un artículo ("el yo" o "mi yo" o "tu yo") ya se le está convirtiendo en una realidad: en una realidad que yo no era cuando estaba vivo. Una realidad que yo no era cuando estaba vivo. Vuelvo con esto al título: que el yo no soy yo.

Esto es lo que el año pasado nos surgía imaginando o recordando a un niño en el trance de dos años, dos años y medio, de estar terminando en él la lucha entre la gramática común, la lengua común, con lo que cualquiera viene a este mundo, y el idioma de los padres que le ha tocado. Por esa edad, más o menos, con ese trance decisivo que la Psicología sólo torpemente reconoce y analiza, pero que, en cambio, para Freud, ya aparecía muy claro como límite: todo lo importante había sucedido antes, antes de ese trance de terminar la lucha entre la lengua común y el idioma que a uno le ha tocado. Tomemos a un niño, recordado, imaginado, en ese trance, al que los padres ponen ante el espejo y le dicen: "Mira, Celita, qué guapa estás con ese lacito rosa", o "Mira qué bien te sienta la chaquetita, Raimundito". El niño se queda mirando al espejo y todavía declara: "Pero ése... no soy yo". "Pero ése no soy yo". Hay algo en él que todavía está vivo y que, por tanto, tiene que hacer esta declaración: "Pero ése...", es decir, la imagen del espejo, que es lo mismo que el significado de las palabras que lo tienen, incluidos también el nombre propio de la persona, Raimundito o Celita, que son como formas del espejo, declara: "ése, evi-

dentamente, es real, es real, me hablan de él, tiene su nombre, pero ese no soy yo; ése, a pesar de todo, no soy yo".

Bueno, así es en el trance que trato de presentaros como recordado, imaginado y, en todo caso, ejemplar. Después viene la asimilación, la historia de la Historia, la historia del Poder, el desarrollo de la Ciencia, de la Psicología entre las ciencias, que nos instruye acerca del yo, de la personalidad, de los síndromes de ansiedad, de la conducta, de los propósitos y todo lo demás; pero bueno, eso ya es la aburrida historia a la que estáis acostumbrados y en la que estáis metidos.

La realidad, esa de que las ciencias tratan y de la que tratan también los hombres de negocios y de la que trata vuestra familia en las casas correspondientes, la realidad, aquello de lo que se habla, es, en un sentido preciso, falsa. Es decir, tiene razón el niño que dice: "Ése no soy yo". Es en un cierto sentido falsa precisamente porque trata de presentarse como verdadera. Sólo así se puede decir que la realidad es esencialmente falsa. Una realidad cualquiera, entre ellas la del invento del alma, que arrastró consigo el invento del cuerpo, que sólo se inventa después de haberse inventado el alma. Una falsificación detrás de otra. Una falsificación complementando la otra.

Todos recordáis las consecuencias... A lo mejor os ocupáis mucho de la medicina del alma y de la relación entre psicología y medicina, pero no olvidéis que, por otra parte, está el pobre cuerpo, que ha resultado del invento del alma, como una especie de corolario, y al cual desde entonces se le puede manejar, se le puede hacer objeto de toda clase de gimnasias, medicinas y profilaxis, que no son sólo las del alma, pero que son del mismo orden que ellas. Esa es la triste historia. En ese sentido la realidad es falsa: porque pretende ser verdadera.

Fijáos (es un paréntesis político) que si la Realidad fuera verdadera, no tendrían que estaros haciendo creer en ella todos los días. ¿Para qué diablos os han traído a esta Facultad? ¿O a qué diablos os ponen delante de un televisor? A predicaros todos los días que la realidad es la realidad. A haceros que creáis, a reforzar, por si acaso alguna duda viene a perturbarla, vuestra fe, en la realidad, en que sabéis de lo que estáis hablando y, por tanto, que sabéis lo que estáis haciendo. Esto es un paréntesis consolador: es, evidentemente, una inseguridad de la

realidad en sí misma lo que hace que tenga que estarse predicando cada día, en universidades o por televisores. Si fuera verdad, no tendría que predicarse. Es una cosa también muy elemental y demasiado clara.

La Realidad está hecha esencialmente por conversión de eso, lo que llamamos tiempo, que de verdad no se sabe lo que es (el tiempo que está pasando, ahora, mientras os estoy hablando, y que es inasible, y que no tiene dos sentidos a derecha e izquierda, que no tiene más que uno y, por tanto, ninguno), la conversión de eso en un Tiempo que se sabe, una idea de 'tiempo'. Es el fundamento mismo de la Realidad. Todas las demás realidades están fundadas sobre esta conversión del tiempo inasible en un Tiempo que se sabe, en un Tiempo que está ideado. Todas vienen de ahí. Era en ese sentido como en el libro del físico, en "El fin del tiempo" de Barbour, me encontraba con este trance, que hoy también, de otras maneras, he querido presentaros, en que la gramática elemental, la razón común, se enfrenta con la Ciencia de la Realidad y trata de decirle las cosas que le está diciendo.

El psicoanálisis era un invento que, desde el propio fundador, digamos, desde Freud, se encontraba en una situación indecisa, porque, por un lado, la tentación de que aquello se convirtiera en una teoría, doctrina y, por tanto, en definitiva, ciencia, era muy poderosa, y con algunos resquemores. Freud mismo, de vez en cuando, es evidente que cedía a la tentación. Por otra parte, en muchos momentos, como viene a lo largo de sus escritos, se revela hasta qué punto él era como el niño ante el espejo: era honrado. Es decir, reconocía que eso que él estaba haciendo no podía ser una ciencia; no podía ser una ciencia de la realidad. Como es natural, porque psicoanálisis, como sabéis, etimológicamente quiere decir 'disolución del alma'. Disolución del alma, es decir, con el término más moderno, disolución del yo, descubrimiento de la falsedad de la persona, de la falsedad del yo. O sea, más o menos lo mismo que estaba haciendo con vosotros este rato, que se puede decir que era un poco hacer psicoanálisis. Y eso, evidentemente, no podía convertirse en una teoría so pena de condenarse a muerte, claro. Porque, evidentemente, si aquello se convertía

en una teoría, tendría que ser, de una manera o de otra, psicología, es decir, una ciencia acerca de la realidad del alma.

La disputa, que supongo que sigue a estas horas en la academia, entre dar entrada o no al psicoanálisis en las facultades, pues es todavía, hasta cierto punto, aunque muy de lejos, representativa. Efectivamente, hay una tendencia asimiladora, que parece ser la progresista y que es la conservadora, como suele suceder bajo el Régimen, que diría: "¡Sí, sí, abarquemoslo todo! ¡También el psicoanálisis tiene derecho a entrar en las disciplinas académicas!". No sólo el psicoanálisis: hasta la parapsicología en muchas universidades está metiendo la nariz; de manera que imaginaos, ¿no? Ésta es la actitud progresiva, que es la conservadora, la reaccionaria: meterlo dentro, no vaya a quedarle todavía algún veneno al psicoanálisis, no vaya a implicar todavía alguna forma de peligro; si lo hacemos disciplina académica, se acabó; ahora ya lo tenemos seguro.

Y luego, hay la actitud que, siendo la reaccionaria, es, por cierto, la más honrada, que es la de los académicos de pro, que de ninguna manera pueden consentir que bajo el nombre de 'psicología' éntre en las facultades eso del psicoanálisis. En ese sentido la disputa es reveladora. Con ella voy a ir terminando.

El psicoanálisis, a pesar de estas vacilaciones del propio Freud, y no digamos de los supuestos seguidores, es una disolución del alma, es una disolución del yo, un descubrimiento de la falsedad del yo. Y esto no puede ser una ciencia. ¿Por qué? Porque es una acción. Es con esto con lo que quiero terminar: con la oposición entre acción y saber, entre acción y ciencia.

La Ciencia está para confirmar la fe en la Realidad y, por tanto, para que estemos seguros de que no hay nada que hacer más que lo que ya está hecho. Lo que todos los días os predica la televisión, sobre todo, mostrándoos que no puede suceder nada más que lo que ha sucedido. Todos los días, por si os entra alguna duda, que no hay nada que hacer.

En ese sentido, al empezar, recordaba a mi antecesor en esta mesa, el profesor Monedero, que se inclinaba a decir "ciencia de los propósitos", porque, en efecto, si la Realidad está constituida por una

ideación del tiempo, la Realidad es esencialmente futura. Futuro no es, para la verdad, para este corazón de niño que nos queda, no es nada que esté ahí, que esté hecho, pero es, justamente, la realidad de las realidades; es de lo que se habla.

Fijáos en el Dinero, que es la realidad de las realidades: el Dinero es todo futuro. No hay más dinero que el futuro. Y del Dinero dependen todas las demás instituciones sociales, judiciales, académicas... todas dependen del Dinero como realidad de las realidades; y, por tanto, de lo que tratan es del futuro. Tratan justamente de conseguir que no suceda más que lo que ya se sabe. Imagináos adónde se iría el Dinero si no tuviera un futuro sabido de antemano, a dónde irían la Banca y las Compañías de Seguros y programas o presupuestos de todos los Estados de Bienestar. Su condición es que el futuro se sepa, es decir, que se asegure que no va a pasar nada que no sea lo que ya se sabe. Así se pueden hacer pronósticos, presupuestos estatales y operaciones financieras de todo tipo. Y el resto (justicia, organizaciones familiares o estatales, academia, educación...) va sencillamente a la rastra. ¿No os hacen aquí todos los años un plan de estudios, haciéndoos costar que el Ministro allá en lo alto sabe de antemano todo lo que va a haber que saberse durante ese curso? Se sabe ya de antemano. Si no, ¿qué sentido tendría un plan de estudios? Un plan de estudios tiene ese sentido: cuidar, asegurarse de que lo que se va a aprender es lo que ya está sabido, no vaya a correrse algún peligro de algo.

De manera que, en ese sentido, efectivamente, la realidad es esencialmente futura, y la Ciencia, aunque parezca otra cosa, es una ciencia que, en definitiva, trata del Futuro, y que, por tanto, está dedicada a esta labor fúnebre de asegurarse de que no va a pasar nada más que lo que ya ha pasado, de que no va a haber ninguna sorpresa... En vano: en vano, porque, no ya un psicoanalista, sino un gramático cualquiera os puede decir: "Pero eso nunca es así". Nunca es verdad que ese Futuro esté hecho, y es en ese sentido como os contraponía para terminar la acción con la Ciencia.

La Ciencia está para asegurar la Realidad y, por tanto, la Fe y, por tanto, asegurarse de que no pase nada imprevisto. Frente a ello está la acción: psicoanálisis en cualquiera de los sentidos, disolución

del alma... empezando, como en el título de esta charla, por mostraros esta evidencia demasiado clara de que el yo no soy yo.

## Respuestas a las preguntas

-----

\*\*\*

Tu pregunta no tiene una respuesta unitaria. Unas sí y otras no. Unas veces sí y otras veces no. Me estoy ocupando de ello sobre todo con una serie de artículos o sustitutos de artículos que vengo sacando (ya voy por el 15 o el 16) en el diario *La Razón* todos los miércoles (no os escandalicéis demasiado, porque a lo mejor muchos de vosotros sois de los que distinguen todavía entre un diario y otro diario, y, si os descuidáis, vais a llegar a distinguir entre una cadena televisiva y otra cadena televisiva... no os digo adónde vais a parar), bueno, el caso es que por azares me encontré metido hace años en ese periódico, y esta serie la estoy dedicando a eso: a tratar de sacar de mí un tipo de recuerdos que no sean históricos, que no sean una narración histórica, que no pretendan, por tanto, ninguna forma de realidad y que, por ello mismo, sea como una especie de grano que se desgrana y que sugiere cosas vivas para cualquiera. Que yo a lo largo de esta serie lo consiga o no lo consiga o más o menos, eso es otra cuestión. Pero el intento, la pasión que me mueve a ello, es ésta.

Porque, naturalmente, lo contrario, el impulso contrario, es el dominante: convertir todo recuerdo en algo sabido, en algo histórico, en una realidad, someterlo a la realidad. Yo y cualquiera de vosotros distingue entre recordaciones indefinidas, que le asaltan, que ocasionalmente lo invaden o lo arrastran, y luego el álbum de fotos; frente a eso, el álbum de fotos, es decir, las imágenes, historias, de vuestra niñez o de más tarde, lo que tenéis ahí ya sabido, encuadrado, es exactamente como las fotos en su álbum.

Luego lo uno está contra lo otro; y aunque no me puedo estender mucho más, yo creo que tu cuestión, por lo menos en su planteamiento

to, a todo el mundo alcanza: hay en el funcionamiento de la memoria dos mecanismos que no sólo son distintos, sino que se contraponen: hay una historia del yo real, que está hecha para sostener el yo real, empezando por la fecha de nacimiento, empezando por lo que dice tu documento de identidad; y hay otra memoria.

O lo uno o lo otro: o es una historia, más o menos cronológicamente ordenada, es una historia que se sabe (se parece -por volver a la imagen- al álbum de fotos), o no es eso. O no es eso, sino que es una muestra de que uno nunca está bien hecho del todo, y que por los resquicios le pueden surgir, de vez en cuando, olores indefinidos que le invadan, que le hagan perder el tino personal y, por tanto, dudar, como el niño ante el espejo, de su personalidad.

No olvidéis que yo, el yo real, por ejemplo, en este caso, don Agustín García Calvo, es un ente de la realidad como, en general, el yo. Pero yo no. Yo no soy ése. Yo no soy ése. De manera que hay, en cuanto a la memoria, un mecanismo confirmador de la realidad (por todas partes uno cree que sabe su historia), y luego un mecanismo que la contradice.

La contradicción muchas veces (esto los psiquiatras lo saben muy bien) se manifiesta en forma de trastornos y de locura. Esto para mí es secundario. Puede manifestarse así o de otra manera. Mejor si no se manifiesta en formas de locura definida, porque entonces ya eso mismo hace que la Medicina y, por tanto, la Sociedad entera pueda captarlo. Pero, en todo caso, la contradicción está ahí.

\*\*\*

Sí. No podemos detenernos en ello, pero Freud analizaba eso bastante bien. Hay una especie de motor. El motor, desde luego, está fuera de la persona, está fuera del yo, el motor que mueve el sueño. Pero la fabricación del sueño se hace, no sólo con entidades reales, sino que él distinguía muy bien entre el material próximo, que era normalmente del día anterior, es decir, impresiones del día anterior que uno había recibido, y los materiales lejanos, que normalmente procedían de ese trance que antes os he expuesto en que está terminando la lucha entre la lengua común y el idioma que a uno le toca. De manera

que el sueño se fabrica como una realidad. Y, por supuesto, en la medida que después se le recuerda y hasta se le escribe, no se está haciendo más que confirmar la realidad del sueño. Es una realidad como otra cualquiera. Ahora, luego el sueño, como otras cosas, psicoanálisis o actividad de disolución, puedo usarlo en los dos sentidos contrapuestos: puedo usarlo para curar amenazas de locura, lograr la reintegración al orden, o puedo usarlo para descubrir esa contradicción que he tratado de poner por delante, entre aquello que no era el yo, y que soy yo porque precisamente soy cualquiera, y aquello otro que es mi personalidad.

\*\*\*

El miedo en relación con la creación de la nada. El miedo, es decir, aquello que analizábamos estos días en la tertulia política del Ateneo Madrileño, el miedo que, según alguno de los contertulios, era el culpable de que no rompamos, no nos atrevamos a romper con la falsedad de la realidad y, por tanto, de la propia realidad de uno, ese miedo es un miedo de quedarse sin todo aquello que el Estado y el Capital nos proporciona: esa seguridad del futuro. De forma que nunca es el miedo de una nada verdadera, sino que es el miedo de la falta de algo que nos han acostumbrado a tomar como sustituto. Eso es lo que esencialmente explica la creación de la nada.

\*\*\*

Sí: no: como todo lo que digo, es de sentido común. No hace falta haberlo estudiado de una manera especial. Hay un intento constante de hacer creer en la realidad y, primariamente, en la realidad propia de cada uno. Por eso, por ejemplo, los padres son los primeros encargados. Convencen en seguida a los niños de que "A ese niño le gusta el chocolate" o "A este niño no le gusta el chocolate". Le crean gustos específicos, personales, que, evidentemente, el comercio, después de los padres, no va a hacer más que ratificar. La fabricación de gustos personales y de opiniones personales es el gran truco. Por eso vivimos bajo el Régimen del Bienestar, en la Democracia Desarrollada que consiste en la fe en que cada uno sabe qué es lo que le gusta y qué es

lo que opina. Una fe estúpida, como, de vez en cuando, voces, la de Sócrates o la de Cristo mismo desde la cruz, lo han dicho: "No saben lo que hacen", que es una manera de decir la verdad. Pero todo el Orden, toda la Realidad está empeñada en que cada uno tenga su gusto personal, propio, como has dicho, su opinión personal: "Esto es mío. Esto soy yo". De forma que ésta es la construcción de la mentira (empezando por la mentira de uno mismo), dentro de la que estamos, de la que partimos, para después, aprovechando eso de que nunca uno está bien hecho del todo, nunca la mentira está cerrada, ver si se puede desarrollar esa acción de la disolución del alma, del descubrimiento de la mentira de la realidad.

\*\*\*

Es desde el comienzo de la Historia. Estoy empleando la palabra "Historia" de una manera precisa, es decir, excluyendo de la Historia todo lo que no sea la Historia, intentado que Prehistoria o Extrahistoria no se reduzcan a Historia; es decir, de una manera precisa: desde que hay escritura. Desde que hay escritura, es decir, fijación del tiempo del habla en un espacio, por escrito. O sea, unos diez mil años, más o menos, según lo que suele calcularse. Fuera quedan cientos de miles de años que no hay Historia y que no hay porqué reducir a Historia. Desde el comienzo de la Historia, eso se estaba haciendo. Es decir, con el proceso ese que empieza con los muertos, de un individuo llorado al que se lamenta con su nombre propio, con las lamentaciones. Desde ese momento está ya en marcha el proceso. Es la creación del alma en el sentido justamente del individuo personal; que parece que es la creación de lo más individual, pero que, por ello mismo, es la creación de lo más social y sometido. Porque, naturalmente, todos y cada uno tienen su nombre propio, y los nombres propios, como las huellas dactilares, pueden ser distintas para cada uno, pero lo que todos tienen de común es que todos tienen su personalidad, su nombre propio. Así hasta el progreso último de la Historia, el que hoy, aquí mismo, en esta sala, estamos padeciendo bajo el Régimen del Bienestar, donde toda la fe se centra en eso, en la constitución del individuo personal, y todo el

poder se funda en ello, la repartición del documento de identidad, cada vez más detallado.

Algunos apocalípticos, por cierto, de vez en cuando, se han dejado llevar por el miedo y se han equivocado, y han pensado en un Gran Poder que pudiera controlarnos, una policía perfecta que nos tiene a todos en el fichero controlados, que sabe todos nuestros movimientos. No hay porqué dejarse llevar tampoco por este miedo. Es verdad, el progreso último de la Historia consiste en este infierno, en esta condena cada vez más tremenda a la Individualidad Personal, que quiere decir sumisión al Orden Social (aunque parezca lo contrario, es lo mismo: la Democracia Desarrollada lo demuestra), pero, al mismo tiempo, no hay que dejarse llevar por el miedo porque no es verdad, no hay allí arriba ningún policía perfecto que nos tenga y que nos pueda tener controlados a todos y en su ficha. Quedan siempre rebabas de la obra. Cada uno, por consiguiente, suele estar siempre mal hecho. Nunca acaba de estar bien hecho. Y es gracias a eso como tiene sentido un psicoanálisis, una acción, como la que aquí he propuesto.

\*\*\*

Sí, el Automóvil Personal es un buen símbolo. No es ningún accidente que el automóvil, el se-moviente, se haya convertido en el representante por excelencia del ideal democrático. Cada uno sabe adónde va. Todos van al mismo sitio, pero cada uno sabe adónde va, por su propia voluntad y decisión. Esa estupidez es fundamental para el Régimen que hoy padecemos.

\*\*\*

Tal vez has simplificado un poco, has puesto un poco demasiado sencilla la labor. Es que esto de (evidentemente, quienes tenéis práctica lo sabéis mucho mejor que yo), esto de descostruir, destruir la construcción de la falsedad del alma es algo que, inevitablemente, tiene que hacerse por sus pasos; es decir, que no puede un psicoanálisis aspirar a una disolución repentina. Toda esta utilización que Freud hacía de síntomas, por ejemplo de síntomas típicamente subconscientes, ma-

nifestaciones, no incoscientes, que yo no sé lo que es, sino subconscientes, que sé bastante bien lo que es, o de los sueños, que también están fabricados desde lo subconsciente, todo eso tiene el sentido de una marcha, de un proceso: se van descubriendo roturas, incongruencias, y eso puede llevar, efectivamente, hasta donde debe, que es ese trance al que me he referido, (que podemos, desde fuera, situar entre año y medio, dos años, dos años y medio, pero que, en fin, que no hace falta situarlo así) ese trance en que se está costituyendo el alma, con la victoria de un idioma determinado en contra de la gramática común en la cual yo no era más que yo, es decir, nadie, nadie realmente terminado; todo eso marcha así. Tu corolario de que lo que el psicoanalista tiene que hacer entonces es utilizar esos materiales diversos y hasta contradictorios que se le ofrecen para una interpretación, eso... tú como yo comprendemos que es una conclusión mucho más sujeta a tela de juicio; porque, evidentemente, si el propio Freud vacilaba entre lanzarse desenfrenadamente a la labor de descubrimiento de la falsedad, a la disolución del alma, o utilizarlo como un proceso reintegrador, cualquier psicoanalista, evidentemente, está por fuerza condenado a la misma vacilación, y entonces unas veces tirará para un lado y otras veces tirará para otro, y cuantos menos proyectos y recetas se dirija a sí mismo, tal vez mejor.

\*\*\*

Bueno, ésa es justamente la ambigüedad o la vacilación de la que volvíamos a hablar. Evidentemente, si el psicoanálisis se decide por ser psiquiátrico, cosa que tal vez es lo que mayoritariamente sucede, si el psicoanálisis se vuelve psiquiátrico, entonces, efectivamente, lo que hace es conseguir, no ninguna disolución del yo, sino un yo más sano, más tranquilo, más conforme consigo mismo, que padezca lo menos posible de formas de locura estrepitosas, molestas para los propios pacientes y para los progresos en psiquiatría, que para eso está. Ahora, eso que has dicho de "inexorablemente", no. No por lo mismo que antes dicho en general: si la Realidad estuviera definitivamente hecha, si fuera en algún sentido verdadera, no tendría que estarse predicando todos los días. La Realidad no está hecha. La del alma de

uno, tampoco está hecha. Nunca. Todas las religiones han pretendido que sí; por eso en la imaginería católica misma pues el alma era un alma, que seguiría siendo individual, que se trasladaba al cielo y a la eternidad y que seguía siendo la misma, ¿no? Y la Ciencia, que ha sustituido a las religiones, pues hace lo mismo. Pero eso, no es fatal, y la labor de disolución del alma, en psicoanálisis, en política, en cualquier cosa, no está condenada de antemano. Precisamente porque no estamos bien hechos, y un psicoanalista tampoco él mismo está bien hecho.

\*\*\*

Sí, sí, ¿qué se le va a hacer? Si quiere curar, tiene que hacer eso. La situación es típicamente la que dice el evangelio, y es la que te vuelvo a recomendar aquí. Como el psicoanalista está partido, que por un lado es honrado y, por tanto, si se deja llevar, iría a un psicoanálisis desenfrenado, y por otro lado, es a lo mejor hasta un profesional o, en todo caso, tiene esta piedad hipocrática que le pone por delante antes que nada lo de evitar sufrimientos, evitar esas faltas que dices, curar, entonces, que tu mano derecha no sepa lo que hace tu mano izquierda, que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu mano derecha. Cuanto menos se interfieran las dos actividades contradictorias, mejor. En cuanto a lo de curar, evidentemente depende de a quién se cura: a mi yo o a mí.